

En el centenario de su bautismo: Jacques Maritain, una vida en confesión de fe

Juan Jesús ÁLVAREZ ÁLVAREZ

En un texto de 1941, a requerimiento del editor de un libro en el que colaboran distintos pensadores, Maritain expone su «*credo personal*», «*sus convicciones y creencias sobre la naturaleza del mundo y del hombre*»¹. Se trata de una especie de testimonio espiritual e intelectual que nuestro autor titula, precisamente, *Confesión de fe* y me pareció un buen título también para este breve trabajo. Maritain no pretende manifestar una confesión íntima; fue siempre celoso de su intimidad. Es más bien un resumen de su experiencia intelectual y de los resultados objetivos obtenidos. Pero sí explica allí, en cambio, que si se hubiera propuesto abrir su alma, «*el mejor modo de hacerlo habría sido sin duda recitar el símbolo de los apóstoles: sólo adoro a Dios*»². Podríamos decir que este es el leitmotiv de su existencia.

Después del título, me preguntaba cómo estructurar este estudio. Para empezar, no me pareció adecuada la mera enumeración de datos biográficos que se pueden encontrar en cualquier enciclopedia. Sin duda que referencias biográficas debe haber en el tratamiento de una cuestión como la que nos ocupa, pero sólo en la medida en que resulten significativas para expresar la personalidad del autor y acercarnos a su proceso vital de conversión y a su testimonio posterior.

Otra cuestión que, en este caso, no he podido ni querido evitar es recurrir a los textos del propio Maritain para hacer ver algunos aspectos de su figura y de su pensamiento. No hay nada tan vivo para hablar de un personaje como sus propios escritos. De paso, espero que nos puedan servir para alcanzar otro de los humildes objetos que me propongo: que podamos aprender algo de este gran maestro. Probablemente alguno de estos textos pueda resultar demasiado extenso. Sin embargo, no creo que sobre en ellos ni una sola palabra.

¹ *Le Philosophe dans la cité*, cap. II. *Oeuvres complètes de Jacques et Raïssa Maritain* (OEC), Tomo XI. Éds. Universitaires, Fribourg, 1991, p. 25.

² *Ibidem*, p. 26.

Por lo demás, nos enfrentamos con una dificultad añadida. No es fácil hacer una breve incursión en una vida tan dilatada, intensa y rica como la de Jacques Maritain. Los obstáculos aumentan si se tiene en cuenta que, pese a su enorme producción bibliográfica, apenas hace referencias personales en alguno de sus libros. *Carnet de notes* quizás sea una excepción a esta regla, pero no se puede considerar en modo alguno una autobiografía, ni tan siquiera un diario. Por eso, si se quiere tener una visión más amplia de nuestra temática, por fuerza habrá de consultarse la obra de su esposa Raissa. Ella sí que puso por escrito la vida e inquietudes de la pareja en una obra que, de forma muy significativa, tituló *Les grandes amitiés*. Después de su muerte, Jacques publicó también el *Journal de Raissa*. Estas obras y las cartas a amigos y conocidos conforman el material con el que los estudiosos cuentan para sacar a la luz la experiencia vital de Maritain y su itinerario espiritual.

Lo primero que asombra cuando uno se acerca a esta insigne figura de nuestro tiempo es su sed de verdad y su pasión vibrante por lo absoluto. Este es un rasgo común a todo converso. En el caso de Maritain, sólo esta vitalidad puede explicar que un niño educado por su madre en el protestantismo liberal se convierta en su adolescencia en un ardiente «aprendiz de socialista», recorra en su juventud todos los ámbitos de un pensamiento laicista, cientificista y fenomenista que le hizo desesperar de la razón, se transforme después en un entusiasta discípulo de Bergson y acabe recalando —tras su conversión al catolicismo y la lectura de la *Summa Theologica*— en el tomismo. También es esta inquietud la que le ha movido a dirigir su penetrante sentido intelectual hacia prácticamente todos los ámbitos del saber. Étienne Gilson ha dicho de él: «*littérature, arte, ciencia, ética, política nacional o internacional... no se ve ningún dominio de la vida o del pensamiento de su tiempo que no haya habitado, explorado y reconocido personalmente*»³.

Pero echemos un vistazo a su vida.

En 1882 nace Jacques. Su madre, Geneviève Favre, es hija de Jules Favre, una de las figuras más importantes de la III República francesa. Su entorno familiar y social lo constituye la burguesía radical y laicista de finales del siglo pasado en Francia. El joven Jacques pronto encauzó sus ideales en una dirección

³ «Une sagesse rédemptrice», en *Jacques Maritain, son oeuvre philosophique, Révue Thomiste*, 1948 (48), p. 21 de la traducción española de Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1950.

socialista. En un momento dado, incluso llega a avergonzarse de su condición burguesa y decide consagrar su vida al progreso del proletariado y de la humanidad⁴. No se trata, por tanto, de un capricho juvenil pasajero. Maritain siempre mostró enorme preocupación por la cuestión social. En los preámbulos de su conversión, uno de los aguijones que más le punzaba era la desatención que entonces pensaba el cristianismo tenía para con los pobres⁵.

Sus inquietudes sociales, no obstante, no son más que la expresión de otra inquietud más honda. Este «*muchacho hambriento de absoluto*»⁶, como a sí mismo se define, busca permanentemente un sentido a la existencia, un puerto seguro y verdadero en el que anclar. Por eso, no resulta extraño que sus estudios se orientaran a la filosofía.

Sus anhelos, sin embargo, se vieron tempranamente truncados. La filosofía dominante en la Francia de la época es una filosofía positivista, dominada por el relativismo, que no satisfacía en modo alguno su deseo profundo de verdad. En esos duros años, encuentra alimento espiritual en largas conversaciones con sus amigos: Ernest Psichari —nieto de Rénan—, Charles Péguy y Raissa Oumançoff, joven de origen judío y nacida en Rusia, con la que contraerá matrimonio el 26 de noviembre de 1904.

Raissa ha descrito bellamente la situación vital de ambos en aquel tiempo en *Les grandes amitiés*. Un episodio concreto nos puede dar una idea muy ajustada. Una tarde, allá por el verano de 1903, pasean por el Jardin des Plantes haciendo balance de sus estudios universitarios en la Sorbona. Se encuentran profundamente decepcionados: el escepticismo dominante en filosofía no responde a las preguntas que interesan verdaderamente al ser humano. El mal, el dolor, el amor, son asuntos demasiado serios como para darles las espaldas o refugiarse en corrientes de pensamiento que se limitan a narcotizar esa inquietud. La alternativa se les presenta con total claridad: o todo tiene sentido, y sólo puede tenerlo si somos capaces de alcanzar un conocimiento verdadero del mundo y del propio hombre, o no lo tiene, y entonces la vida no merece ser vivida. No hay, pues, más que dos salidas: o la entrega a la verdad o el suicidio⁷.

⁴ Cfr. *Carnet de notes*, OEC XII, 1992, pp. 136-137.

⁵ Cfr. *Ibidem*, p. 158.

⁶ *Ibidem*, p. 152.

⁷ Cfr. *Les grandes amitiés*, OEC, XIV, 1993, pp. 689-694.

En estas circunstancias, y por consejo de Péguy, Jacques y Raissa comienzan a frecuentar las clases de Henri Bergson en el Collège de France. Es como un al-dabonazo que les abre nuevas perspectivas. Junto con este acontecimiento, otro hecho fundamental sucede por esta época. Nos encontramos a finales de 1903. La lectura de una novela, *La femme peuvre*, de Léon Bloy, les hace descubrir un cristianismo radicalmente distinto del que ellos habían imaginado. A esa lectura siguieron otras del mismo autor y, por fin, en 1905 se deciden a visitarlo.

Maritain ha relatado con todo detalle esta visita, que considera crucial en su vida. *«El 25 de junio de 1905, dos jóvenes de veinte años subían la larga escalera que lleva hasta el Sacré-Coeur. Llevaban en sí ese desgarramiento interior que es el único producto serio de la cultura moderna, y una especie de desesperación activa, iluminada solamente por la seguridad íntima —de cuyo origen, sin embargo, no podían dar razón, de que la Verdad, de la que tenían hambre y sin la que les resultaba imposible aceptar la vida, acabaría mostrándoseles algún día. Una especie de moral esteticista los sostenía débilmente, de modo que la idea del suicidio después de haber intentado algunas experiencias, demasiado bellas sin duda para que pudieran realizarse— parecía ser la única salida. Mientras tanto, gracias a Bergson, su espíritu se limpiaba de las supersticiones científicas recibidas en la Sorbona; pero no se les ocultaba que la intuición bergsoniana era un refugio inconsistente frente al nihilismo intelectual al que lógicamente conducían todas las filosofías modernas. Por otra parte, la Iglesia estaba oculta a sus ojos a causa de prejuicios infundados y de la apariencia de personas conformistas; la consideraban, en efecto, como el amparo de los poderosos y de los ricos, interesados en mantener a los espíritus en las tinieblas de la Edad Media. Se dirigían no obstante hacia un extraño mendigo, que despreciando toda filosofía gritaba desde los tejados la verdad divina, y que, católico de estricta obediencia, criticaba a su propia época y a los que buscan su consuelo aquí abajo, con más libertad que todos los revolucionarios del mundo»*⁸.

El estilo de vida de Bloy, su amistad y su testimonio de fe tocaron el corazón de la joven pareja. A través de sucesivos encuentros, de la lectura de libros de espiritualidad y de algunos místicos, fueron conociendo la fe católica. La decisión más importante de sus vidas llegó, por fin, después de superar no pocas dudas y prejuicios: el 11 de junio de 1906, Jacques, Raissa y Vera (la hermana de Rais-

⁸ *Quelques pages sur Léon Bloy*, OEC III, pp. 1021-1022.

sa) reciben el sacramento del Bautismo en la Iglesia de San Juan Evangelista. Como era de esperar, su padrino no fue otro que el propio Léon Bloy.

Hemos dicho que la decisión no fue fácil. Al fin y al cabo, se trataba nada menos que de cambiar de fin último⁹. Maritain llegó incluso a abrigar la idea —después considerada como descabellada— de entrar en la Iglesia, pero separado de los demás como un mendigo que permanece en el umbral sin llegar a acceder a la nave central. Básicamente, son dos los conflictos que se presentaban a su conciencia. En primer lugar, cierta prevención —a la que ya hemos aludido— contra los cristianos y, en general, contra la Iglesia. Pero, sobre todo, la incompatibilidad que su espíritu advertía por entonces entre filosofía y fe.

Pese a su sincera conversión, este último conflicto aún continuó atormentándole durante algún tiempo hasta el punto de tentarle con el abandono de la filosofía. Fueron dos años que el filósofo pasó estudiando biología con Hans Driesch en Heidelberg (Alemania), gracias a una beca de estudios. Dos años de reflexión que acaban por vislumbrar como salida del túnel una conclusión fundamental: la incompatibilidad que tanto le preocupaba se da sólo entre la fe y una cierta filosofía que ahora considera inauténtica y alejada de la verdad: la filosofía moderna. Se trata, pues, de encontrar la filosofía verdadera, una filosofía que lejos de contradecirse con la fe, trabaje codo con codo con ella en la búsqueda de la verdad.

Pasarán otros dos años antes de que, a imitación de Raissa y por consejo del dominico P. Humbert Clérissac, Jacques comience a leer la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino. Es el 15 de septiembre de 1910, otra fecha clave de su vida. En el *Carnet de notes*, escribe: «¡Finalmente! Gracias a Raissa, comienzo a leer la *Summa Theologica*. Como para ella, para mí también es una liberación, una inundación de luz. La inteligencia encuentra su patria»¹⁰.

Ha encontrado, por fin, el camino de la verdad que iba a seguir durante el resto de su vida. «Yo que había viajado con tanta pasión —dice en *Confession de foi*— entre todas las doctrinas de los filósofos modernos, y no había encontrado más que decepción y grandiosas incertidumbres, sentí entonces como una iluminación de la razón; mi vocación filosófica se me había devuelto en plenitud. Des-

⁹ Cfr. *Carnet de notes*, op. cit., pp. 152-153.

¹⁰ *Ibidem*, p. 207.

graciado de mí si no “tomistizo”, escribía en uno de mis primeros libros»¹¹. Ya no habrá divisiones ni discordancias en su espíritu. La unidad interior ha llegado. La única condición de este equilibrio pasaba por situar cada cosa en su justo lugar.

Con lo expuesto, podríamos decir que ha terminado la primera etapa de su itinerario espiritual, sin duda la más decisiva en el tema que nos ocupa. Maritain hace balance: *«Pienso en los cuatro años y medio pasados desde nuestro bautismo; en esta especie de largo noviciado, en que nuestra pequeña comunidad (se refiere a sí mismo, Raissa y Vera, los tres compartieron vida e inquietudes) se ha formado sobre una base de algún modo monástica —como si no fuera del mundo, en el mundo—, y sobre el deseo de avanzar hacia la perfección de la caridad; en el privilegio que han supuesto para nosotros nuestros dos años de retiro en Heidelberg —en el descubrimiento en Versalles del “capítulo” diario celebrado entre nosotros, en lo que llamábamos “Knut” o “Capitaine”, cuyas funciones semanales (pronunciar una instrucción espiritual e imponer las obediencias) eran ejercidas por cada uno por turno—, en el descubrimiento de la Suma Teológica —en las enseñanzas del Padre Clérissac, gran maestro en la vía iluminativa... Son los años de infancia espiritual que siguen a la conversión y en los que la inteligencia se lanza sobre el mundo de la verdad divina»*¹².

Maritain encontró, pues, la luz de la verdad, y esa luz encandiló su vida. Lo que no quiere decir, como en cualquier otro cristiano, que no pueda haber momentos y etapas de oscuridad. *«No sé si en 1911 o en 1912 —nos dice—, de repente fui asaltado por violentas tentaciones contra la fe. Hasta entonces, las gracias del bautismo habían sido tan grandes que lo que yo creía me parecía verlo, era la misma evidencia. Ahora tenía que experimentar lo que es la noche de la fe. Nada más acabaron de llevarme en brazos, se me dejaba brutalmente en el suelo. Recuerdo largas horas de tortura interior, en la calle Orangerie, solo en el aposento del número 4 que yo había convertido en una especie de reducto para el trabajo. Evitaba hablar de ello. Salí de esta prueba, por la gracia de Dios, muy fortalecido; pero había perdido mi infancia. Me consolaba pensando que, sin duda, aquello había sido necesario, si es que yo iba a ser de alguna utilidad para los demás»*¹³.

¹¹ *Le Philosophe dans la cité*, op. cit., pp. 27-28.

¹² *Camet de notes*, op. cit., pp. 211-212.

¹³ *Ibidem*, p. 218.

Desde luego, no se equivocaba. Maritain ha contribuido de forma decisiva al resurgimiento del tomismo, de un tomismo vivo y abierto al diálogo con otras filosofías, incluso con aquellas que están alejadas o enfrentadas con la fe. Esta es otra de las características que yo querría resaltar de su aportación intelectual. Juan Pablo II ha dicho en la *Fides et ratio* que la filosofía cristiana es el marco más adecuado en el que puede fructificar el diálogo con otros creyentes no católicos, no cristianos o incluso con los no creyentes. Pues bien, no es casualidad que Maritain pase por ser uno de los principales representantes contemporáneos de la «filosofía cristiana» y el filósofo que más aportaciones ha hecho en nuestro siglo a la solución de esta polémica cuestión. Frente a aquellos que piensan que el cristianismo no ha ejercido influencia alguna en el pensamiento occidental y, por tanto, no ha contribuido a su progreso sino que más bien ha actuado de rémora, o frente a los que admiten una cierta contribución, pero sólo «material», Maritain, junto con otros eminentes intelectuales cristianos, defenderá que la fe, aun siendo esencialmente diferente de la razón, puede ejercer sobre ella un papel crítico y liberador, una influencia intrínseca y vital que la sobreeleva y transfigura para un mejor y más profundo conocimiento de la realidad en todos sus planos. La llamada «filosofía cristiana» no es otra cosa que el fruto de esta sobreelevación.

El resto de su vida fue una permanente confesión de esa fe que en él había germinado y madurado, una auténtica «aventura de la gracia». No vamos a extendernos aquí demasiado. Sí querría decir que su testimonio sirvió, con el de otros muchos, para adornar una de las épocas más gloriosas de la historia de Francia y de su Iglesia. En torno a Jacques y Raissa surgió y se desarrolló un rico movimiento espiritual de renacimiento católico capaz de permear todas las áreas del pensamiento y de enfrentarse a las ideologías dominantes del momento: fascismo y comunismo.

Entre sus amigos y conocidos encontramos a literatos, filósofos y artistas de la talla de los ya citados Psichari, Péguy o Bloy, pero también a Claudel, Bernanos, Maurois, Mauriac, Cocteau, Rouault, Severini, Blondel, Gilson, Mounier, Jolivet, Berdiaev, Chagall, Stravinsky y otros más. La casa de los Maritain en Meudon fue objeto de visita por parte de un buen número de intelectuales y científicos, franceses y extranjeros, creyentes y no creyentes. Y, sobre todo, la sede de los llamados «Círculos de Estudios tomistas», verdadera aula de formación filosófica y espiritual durante veinte años (1919-1939).

Con anterioridad a la II Guerra mundial, Maritain ya había impartido cursos al otro lado del Atlántico en Canadá, EE.UU. y otros países de la América Lati-

na. El estallido bélico y la derrota de Francia le sorprenden en EE.UU. Serán cuatro años de exilio, al final de los cuales es nombrado embajador de Francia en el Vaticano. En 1948 dejará la embajada para volver a EE.UU. como profesor emérito en Princeton. Pero acabará por volver a Francia definitivamente en 1960, año en que muere su esposa. Considerado uno de los amigos predilectos de Pablo VI, Maritain participará activamente en el Concilio Vaticano II. Incluso, en una obra que provocó una enorme polémica en su momento (*Le paysan de la Garonne*), advertirá de las deficientes interpretaciones que ya se apuntaban acerca de los Documentos y conclusiones conciliares. Los últimos años de su vida los pasa en Toulouse, en el convento de los dominicos. Allí se albergaban también los Hermanos de Carlos de Foucauld, en cuyo Instituto profesó en 1971. Fallece el 29 de abril de 1973, a los 91 años de edad. Fue enterrado junto a Raissa en el cementerio de Kolbsheim, pequeña localidad de Alsacia en donde pasó también largas temporadas de su vida.

La figura de Maritain no ha tenido demasiado eco en España, al menos un eco que no resultara polémico y falseado en alguna medida. Lo cierto es que, como el propio Pablo VI dijo de él el día de su muerte, se trata de «un gran maestro en el arte de pensar, vivir y orar». Si nos acercáramos sin prejuicios a la lectura de su obra, nos encontraríamos con un gran filósofo, pero también con un gran humanista y un gran cristiano. Y puesto que todos formamos parte de alguna pequeña iglesia doméstica, familiar, laical o religiosa, atendamos a las reflexiones que Maritain hace tomando como base su experiencia vital de convivencia con Raissa, su esposa, y Vera, la hermana de ésta.

«A mí me parece que a veces nos equivocamos pensando que la unidad de una comunidad cristiana suprime lo incommunicable y que debería concebirse como la comunidad de no sé qué piadoso camping, donde las efusiones que por suposición habrían de descubrir la totalidad de cada uno serían puestas en la mesa en una gran sopera humeante toda ella de alegría familiar. En todo caso, nuestra experiencia ha sido muy diferente.

No creo que haya habido nunca entre tres seres humanos unión más estrecha y honda que la que existía entre nosotros. Cada uno estaba abierto a los otros dos con absoluta sinceridad. Cada uno estaba extraordinariamente sensibilizado por los otros dos, y dispuesto a darlo todo por ellos. Era como si dijéramos una única respiración la que nos mantenía vivos.

Y, con todo, no sólo la personalidad de cada uno difería mucho de los otros dos, y no sólo cada uno tenía un respeto sagrado por la libertad de los

otros dos, sino que en el seno de esta maravillosa unión de amor que había construido la gracia de Dios, cada cual conservaba su soledad intacta. ¡Qué misterio! Cuanto más unidos estábamos, más solos caminábamos; cuanto más llevaba cada cual el peso de los otros dos, más solo se encontraba para llevar su peso. De suerte que la unidad del pequeño rebaño no hizo más que agrandarse con los años, pero la soledad de cada uno no hizo más que ahondarse al mismo tiempo, y, a decir verdad, soledad cruel a veces. Era la parte de Dios»¹⁴.

Es en ese reducto de soledad íntima, radical e inevitable, en el que Dios se nos hace el encontradizo para acompañarnos con su presencia. Reducto de soledad, no de tristeza. Maritain diría que «no hay más que una tristeza, la de no ser santos»¹⁵.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 218-219.

¹⁵ *Quelques pages sur Léon Bloy*, op. cit., p. 1023.